

Caos económico mundial y marcha hacia la guerra: hay que derrocar el sistema capitalista

Círculo León Trotsky n°175

27/01/2024

La rapidez de la escalada bélica que se ha extendido de Gaza y Cisjordania a Yemen, y que amenaza a Líbano y posiblemente a Irán, es una clara ilustración del caos mundial que se está extendiendo. Toda esta región es un polvorín, donde las grandes potencias han dividido a los pueblos para poder gobernar, y donde sus intervenciones militares, desde Afganistán hasta Irak, han dejado bombas de relojería por todas partes.

Cabe preguntarse por qué Estados Unidos y sus aliados apoyan a Israel y optan por intensificar la guerra. Se podría pensar que a las grandes potencias y a los capitalistas les interesa mantener la paz para hacer negocios. ¿Por qué arriesgarse a extender la guerra cuando Oriente Medio es un eje clave del comercio internacional? Un tercio del tráfico mundial de contenedores solía pasar por el Mar Rojo; ahora los buques mercantes tienen que desviar su ruta al sur de África, con consecuencias en los plazos de entrega y los costes.

La guerra de Ucrania también ha causado importantes problemas económicos, sobre todo en Europa, provocando cambios en los patrones de producción y comercio. Y si estallara otro conflicto en el mar de China, donde las tensiones se cristalizan en torno a Taiwán, primer productor mundial de semiconductores, las consecuencias serían igual de graves.

De hecho, los líderes mundiales son incapaces de controlar la situación. Peor aún, son pirómanos que se hacen pasar por bomberos. Dicen que las guerras son culpa de los Houthis, de Hamás o de Rusia, mañana de China... pero en realidad, provienen inevitablemente de las contradicciones del propio sistema capitalista. Esa es una de las cuestiones que queremos abordar hoy.

La profunda crisis en la que está sumido el capitalismo desde hace décadas también ha desempeñado un papel clave en el deterioro de las relaciones internacionales y, a su vez, se ha visto exacerbada por ello.

Los trabajadores, incluso en los llamados países desarrollados como Francia, están preocupados. No sólo está bajando su nivel de vida, sino que temen lo que les espera. Conocen las terribles condiciones a las que ya se enfrentan los trabajadores de los países pobres e intuyen que se avecinan tiempos más difíciles. Sin embargo, se nos dice que la globalización es la causa de todos nuestros problemas. Se nos dice que sólo el proteccionismo y las fronteras pueden protegernos del desempleo, de los bajos salarios y de la competencia de los países pobres y de los trabajadores inmigrantes. En el espectro político, todos, incluidos los de izquierdas, hacen suya esta retórica soberanista a su manera. Y a esto se añade ahora la propaganda a favor del rearme...

Entonces, desde el punto de vista de los trabajadores, ¿qué alternativa hay al proteccionismo y al nacionalismo? ¿Y cómo podemos prepararnos para afrontar el periodo que viene?

La globalización se ha convertido en una realidad ineludible: la economía se ha internacionalizado en gran medida y todos los países son interdependientes. Ninguno de nosotros tendría un coche, un teléfono móvil o comería plátanos si estos productos tuvieran que ser 100% franco-franceses. Y esto es cierto para un gran número de mercancías. Sin embargo, cada vez se habla más de proteccionismo, de relocalizaciones y de reindustrialización. La economía mundial parece fragmentarse y cada país se repliega sobre sí mismo, como si todos los problemas a los que se enfrenta la población estuvieran causados por el exterior. Hasta tal punto que algunos comentaristas se preguntan si no estamos ante un proceso de "desglobalización".

Sin embargo, estos términos -globalización, desglobalización- no dicen mucho sobre la sociedad en la que vivimos. Sobre todo, tienen el inconveniente de ocultar las relaciones desiguales que existen, que son relaciones entre clases sociales con intereses opuestos y relaciones de dominación entre un pequeño número de países imperialistas y el resto del mundo. En realidad, estas palabras encubren diferentes políticas que la burguesía lleva a

cabo, simultánea o alternativamente, según las circunstancias, pero siempre en función de sus intereses.

Pero para entenderlo mejor, tenemos primero que volver más de un siglo atrás, a la época en que los primeros países capitalistas emprendieron el reparto del mundo.

EL TRIUNFO DEL IMPERIALISMO

La burguesía ha conquistado el mundo para exportar su capital

Ya en 1848, Marx escribió en el Manifiesto Comunista: "El sistema burgués se ha vuelto demasiado estrecho para contener la riqueza creada en su seno."

El desarrollo del capitalismo, en el que aún reinaba la libre competencia, estaba en pañales, pero el capital ya se encontraba constreñido en los mercados nacionales que le habían permitido despegar en primer lugar. En Gran Bretaña y en algunos países de Europa Occidental, estos mercados eran incapaces de absorber todas las mercancías producidas por la industria y, sobre todo, de dar salida a los capitales que se acumulaban rápidamente y necesitaban ser invertidos.

Esta contradicción fundamental del sistema provocó crisis periódicas de sobreproducción, que se tradujeron en cierres de fábricas y desempleo, pero también empujaron a la burguesía a conquistar nuevos mercados. Bajo este impulso, unas décadas más tarde, el capitalismo había alcanzado una nueva fase en su historia, había cambiado de escala.

A principios del siglo XX, la burguesía invertía sus capitales en todas partes. Unos pocos países capitalistas imponían su supremacía económica y financiera en todo el planeta. El Reino Unido, Francia, Alemania y algunos Estados europeos más pequeños concentraban por sí solos el 90% de los capitales invertidos y prestados en el mundo. Más de la mitad del comercio mundial se realizaba por Europa.

Estos Estados europeos se habían embarcado en la colonización sistemática de vastos territorios que aún no habían sido conquistados. Se trataba de una carrera para ver quién se apoderaba de la mayor cantidad de tierra posible en el menor tiempo posible. En 1914, el imperio colonial del Reino Unido era el mayor, con 26 millones de km², seguido del francés y de algunos más pequeños.

En cuanto a la parte del mundo que no era colonizada directamente por los Estados burgueses, caía sin embargo cada día más en su dependencia, sometida a sus capitales y a sus saqueos. Ya en la década de 1860, las expediciones militares obligaron a China a abrir sus puertos a Francia y al Reino Unido. A finales del siglo XIX, los decadentes imperios otomano, ruso y austrohúngaro aún podían defender sus fronteras, pero no por mucho tiempo, y su atrasado desarrollo ya dependía del capital extranjero. Famoso ha quedado el ejemplo de los empréstitos rusos que el régimen zarista había contratado en los mercados occidentales, sobre todo en Francia.

El imperialismo, el capitalismo de los monopolios

Para describir esta política de la burguesía de la época, Lenin y Rosa Luxemburg retomaron el término imperialismo, generalmente utilizado en relación con las políticas de conquista de Estados, pero en un sentido más amplio, esforzándose por mostrar los fundamentos económicos que sustentaban las nuevas relaciones internacionales.

La evolución del capitalismo, impulsada por la competencia, había conducido a una concentración muy elevada del capital. En 1916, Lenin describió cómo esto había llevado a la creación de empresas gigantescas, entonces conocidas como trusts, capaces de establecer acuerdos (los cárteles) y extender su acción a escala internacional: fueron las primeras multinacionales. Estas empresas acabaron encontrándose en una situación de monopolio, lo que significaba que sólo unas pocas de ellas podían dominar determinados mercados. Lenin daba ejemplos en los sectores del carbón, el acero, los ferrocarriles y el petróleo. Escribió: "No es raro ver cárteles y trusts que poseen 7 u 8 décimas partes de la producción total de una

rama industrial." La libre competencia, que había sido el sello distintivo del capitalismo en sus inicios, había acabado convirtiéndose en su opuesto, un capitalismo de monopolios.

Lo mismo ocurrió en la banca. Unos pocos grandes bancos se habían hecho dominantes (algunos de los cuales todavía existen, como el Crédit Lyonnais y la Société Générale) y, a través de ellos, el capital financiero y el capital industrial se habían entrelazado, dando lugar a lo que Lenin llamó una "oligarquía financiera" que dominaba toda la economía.

Los principales capitalistas ya no estaban vinculados a un solo sector de producción, sino que invertían en muchos sectores a la vez. A través de sus participaciones cruzadas, gracias al creciente papel de los bancos y a las sociedades anónimas, controlaban una parte cada vez mayor de todo el capital disponible. También realizaban cada vez más transacciones puramente financieras, especulativas, de préstamos a los Estados... En resumen, las grandes empresas se comportaban de forma cada vez más parasitaria, a expensas de la toda la sociedad.

Los aparatos estatales de los países imperialistas estaban enteramente a disposición de los capitalistas, al servicio de sus intereses por todos los medios posibles. La colonización era uno de esos medios. En la raíz de la empresa colonial, que hipócritamente pretendía civilizar las regiones aún "bárbaras" del mundo, se hallaba la necesidad de la gran burguesía de exportar su capital y constituir cotos privados frente a sus competidores.

Aunque el reinado de los monopolios había convertido en gran medida la libre competencia en un mito, el imperialismo no había abolido toda competencia. La había trasladado a un nivel superior, a los propios trusts capitalistas y a los Estados. Y aunque la economía había cambiado de escala, los capitales seguían apretujados en el marco del sistema. Rebasaban las fronteras nacionales, pero siempre se topaban con los límites de los mercados solventes y la competencia internacional. El imperialismo preparaba el terreno para crisis más generales y de mayor alcance.

En vísperas de la Primera Guerra Mundial, la división del mundo por un puñado de Estados era casi completa. Si algún país esperaba desarrollarse, chocaría con la dominación imperialista. Y no había alternativa a la guerra si se quería alterar los equilibrios establecidos.

La "fase superior" del capitalismo (Lenin)

Así, para Lenin, el imperialismo no podía reducirse a la política agresiva de tal o cual Estado o a su deseo de anexionarse territorios. Puesto que la economía capitalista está sujeta a la competencia, cualquier Estado, grande o pequeño, cualquiera de las fracciones de la burguesía internacional, sólo puede hacer valer sus intereses a través de una relación de fuerzas. El imperialismo es el conjunto del sistema mundial al que condujo el capitalismo a principios del siglo XX y, desde este punto de vista, ningún país escapa a su ley. Pero las potencias imperialistas propiamente dichas, si queremos que las palabras nos ayuden a entender lo que está pasando, son ante todo esas pocas naciones que, como resultado del desarrollo de la burguesía, han logrado imponer su dominación económica a los demás países.

En plena Guerra Mundial, en 1916, Lenin definió el imperialismo como la fase superior del capitalismo. Una fase senil, porque el capitalismo había alcanzado sus límites y conducía a la sociedad hacia una guerra generalizada. Pero también su fase última, por haber llevado a la sociedad al umbral de una nueva organización social que racionalizaría la economía globalizada.

Al desarrollar la producción a gran escala y el comercio internacional, el imperialismo había dado un paso de gigante hacia una economía colectivizada y planificada. Los trusts y los bancos internacionales, las redes del comercio mundial, eran herramientas ya preparadas de las que el proletariado tenía que apoderarse para que dejaran de servir únicamente para

enriquecer a una minoría. El primer paso era que la revolución derrocará al imperialismo, es decir, que el proletariado arrebatara el poder a la burguesía e instaurara una economía sin propiedad privada de los medios de producción, sin competencia y sin fronteras. Sólo en el marco de la sociedad comunista, dirigida por los trabajadores, todos los países, y en particular los países subdesarrollados, podían esperar recuperar su retraso y progresar con los demás.

Pero cuanto más se hacía patente la necesidad de una economía mundial basada en la cooperación voluntaria de todas las naciones y de todos los productores, más evidentes se volvían las contradicciones del capitalismo. En lugar del progreso de la civilización que sus dirigentes pretendían traer, el imperialismo había conducido directamente a la guerra, lo que llevó a Rosa Luxemburgo a decir que la única alternativa era el socialismo o la barbarie.

La guerra imperialista y la revolución proletaria

Cuando en agosto de 1914 estalló la conflagración general de la Primera Guerra Mundial, Europa se había convertido desde hacía tiempo en un polvorín.

En 1898, en plena conquista colonial, Francia y el Reino Unido ya habían estado a punto de entrar en guerra tras el incidente de Fachoda, en Sudán, del que las tropas británicas habían expulsado a un número menor de tropas francesas. Sólo en 1907, tras varios tratados, Francia y el Reino Unido formaron la Triple Entente con Rusia, mientras que Alemania concluyó una alianza con el Imperio Austrohúngaro e Italia.

En aquella época, Alemania era el país capitalista industrialmente más dinámico de Europa, pero la burguesía alemana no podía exportar sus capitales sin chocar con las áreas exclusivas, colonias, protectorados y zonas de influencia del Reino Unido y Francia. Se empeñó en construir una flota capaz de competir con la británica. En 1905 y 1911, dos crisis opusieron a Alemania y Francia por el control de Marruecos. La burguesía alemana estaba decidida a desafiar el reparto del mundo para hacerse con la posición que consideraba suya.

Casi tres años después de la Primera Guerra Mundial, en febrero de 1917, la Revolución Rusa estalló como un trueno. Gracias al papel desempeñado por el Partido Bolchevique, desembocó en la insurrección de Octubre, cuando los soviets de obreros y soldados tomaron el poder. Fue el comienzo de la revolución proletaria, que se extendió rápidamente a otros países y, en 1919, en el calor de los acontecimientos, los bolcheviques fundaron la Internacional Comunista con el objetivo de derrocar al imperialismo. Desgraciadamente, esta primera oleada revolucionaria fue detenida y retrocedió en algunos años. El imperialismo, aunque estremecido, sobrevivió a su bancarrota.

La humanidad tuvo que pagar caro este fracaso, ya que el sistema capitalista, que no había sido derrocado, se perpetuó con sus contradicciones y sus crisis cada vez más profundas.

La crisis de 1929 tuvo como consecuencias el ascenso del nazismo al poder y la marcha hacia una Segunda Guerra Mundial, cuyas causas fundamentales fueron las mismas que las de la primera, es decir, las rivalidades imperialistas. El estalinismo fue también consecuencia del fracaso de la oleada revolucionaria y del aislamiento del Estado obrero en Rusia. La Unión Soviética había sobrevivido a la guerra civil, escapando temporalmente de las garras del imperialismo, pero no podía, contrariamente a lo que afirmaba Stalin, realizar el "socialismo en un solo país". Se convirtió en un régimen de dictadura burocrática.

A partir de entonces, el imperialismo no volvió a verse amenazado en sus cimientos. Tras la Segunda Guerra Mundial, los políticos burgueses que temían una nueva oleada revolucionaria bombardearon preventivamente a los pueblos vencidos para aterrorizarlos y reprimieron las revueltas que estallaron en algunos países. El estalinismo fue su cómplice, manteniendo el orden en los territorios ocupados por el Ejército Rojo. Y cuando, a pesar de todo, el levantamiento de los pueblos colonizados puso en movimiento a decenas de millones de oprimidos hasta los años 60 y derribó los viejos imperios coloniales, la URSS procuró que esta

nueva oleada no saliera del marco del nacionalismo burgués. Por tanto, no fue el proletariado, sino la burguesía y la pequeña burguesía nacionalistas quienes se pusieron a la cabeza de la lucha por la independencia. La dominación colonial llegó a su fin, pero no la dominación económica del imperialismo.

Esta retrospectiva muestra que los distintos países no se desarrollaron independientemente los unos de los otros, cada uno a su ritmo, siguiendo todos más o menos el mismo camino que los primeros Estados capitalistas. Desde principios del siglo XX, el imperialismo ha impuesto relaciones de dominación que se han perpetuado y que no se pueden ignorar ni suprimir en el marco de esta sociedad.

Sin embargo, en comparación con la situación anterior a 1914, muchas cosas cambiaron posteriormente, empezando por las relaciones de fuerzas entre las potencias imperialistas. El único país asiático que se había convertido en imperialista en la década de 1920, Japón, pudo ampliar su imperio colonial y su influencia económica en su región. Pero, sobre todo, Estados Unidos suplantó a sus rivales europeos para convertirse en el primer imperialismo mundial, una posición que sigue ocupando hoy en día. Así que merece la pena examinar su ascenso y las razones de su poder.

LAS GRANDES POTENCIAS IMPERIALISTAS Y LOS DEMÁS PAÍSES

El imperialismo americano a la cabeza, Europa "a la mínima porción" (Trotsky)

El capitalismo americano, sin pasado feudal ni obstáculos a la explotación de su inmenso territorio, gracias a la emigración europea, al progreso colosal de su agricultura y de sus recursos industriales, se había desarrollado espectacularmente. A finales del siglo XIX, emprendió una política imperialista en el continente americano, convirtiéndolo en su coto privado. Luego, durante la Primera Guerra Mundial, esperando hasta el último momento para entrar en la guerra, Estados Unidos dejó que los beligerantes se debilitaran durante dos años y medio mientras les vendía armas y les prestaba miles de millones de dólares. Finalmente, como Alemania era su competidor más peligroso, acabaron interviniendo contra ella, decidiendo el resultado del conflicto.

Después de la guerra, pusieron a Europa "bajo tutela económica", escribió Trotsky en 1924, explicando que el imperialismo norteamericano permitiría a Europa recuperarse, pero dentro de unos límites muy concretos, reduciéndola "a la mínima porción". Y añadía ya: "El poder económico de Estados Unidos aún no se ha hecho sentir plenamente, pero se hará sentir en todo. Lo que la Europa capitalista tiene ahora en la política mundial representa los restos de su antiguo poder económico, de su antigua influencia mundial, que ya no corresponde a las condiciones materiales actuales."

Posteriormente, se confirmó la superioridad de Estados Unidos. En la Segunda Guerra Mundial, Alemania y Japón intentaron provocar un nuevo reparto del mundo a gran escala, pero fueron derrotados.

Después de 1945, Estados Unidos volvió a intervenir para que la economía europea se pusiera de nuevo en marcha, e incluso favoreció la construcción de la Unión Europea. No por altruismo, ni por supuesto para favorecer a sus competidores, sino ante todo por su propio interés. Las numerosas fronteras europeas, la estrechez de los mercados y la falta de normas comunes eran obstáculos para la penetración de sus trusts en Europa. La fragmentación nacional heredada del pasado ya no correspondía a las dimensiones de la economía mundial. Estados Unidos quería un vasto mercado accesible a sus capitales, pero, por otra parte, el

hecho de que Europa no se convirtiera en una verdadera unión política, de que no existiera un ejército europeo, les convenía perfectamente.

Todavía hoy en día, Estados Unidos, con su vasto territorio, sigue siendo una gran potencia agrícola. Produce y exporta petróleo, gas de esquisto y productos manufacturados en todos los sectores industriales, incluidos los más modernos. Sus bancos, compañías de seguros y fondos de inversión dominan los mercados financieros, y están omnipresentes en los ámbitos donde reinan los monopolios. No faltan símbolos de su dominación, de McDonald's a Tesla, de ExxonMobil a los famosos GAFAM, los gigantes del sector digital. Es más, muchos de los subcontratistas del mundo trabajan para multinacionales estadounidenses, incluidos los proveedores de semiconductores de Taiwán y China.

La diplomacia del dólar...

Gracias a su superioridad económica, el imperialismo estadounidense ha inundado el mundo de dólares. Desde hace un siglo, su moneda domina el sistema monetario internacional y se utiliza en la mayoría de las transacciones comerciales. La mayoría de los países quieren tener dólares, ya sea en divisas o indirectamente comprando bonos del Tesoro estadounidense, por ejemplo. Puede que el famoso "billete verde" se base únicamente en la confianza, como todas las divisas, pero parece ser una apuesta segura.

El Estado estadounidense dispone así de un arma única que le permite financiar sus gastos haciendo que otros paguen por ellos. Genera dinero a voluntad, sin importarle las consecuencias de la inflación monetaria para la economía mundial. Compra materias primas y productos de bajo valor añadido a países que, a su vez, vuelven a invertir sus dólares en la economía estadounidense. Y no duda en aumentar su déficit: en 2023, la deuda pública estadounidense superó la cifra récord de 31,4 billones de dólares, es decir, tanto como el PIB combinado de China, Japón, Alemania, Francia y el Reino Unido.

Como la deuda pública es también una mercancía, Estados Unidos emite títulos de deuda que vende sin dificultad en los mercados financieros. El imperialismo estadounidense vive así a crédito e incluso exporta alrededor de una cuarta parte de su deuda, financiada por compradores extranjeros. El hecho de que pueda endeudarse tanto haciendo que otros paguen por ello es una prueba de la fuerza del imperialismo estadounidense.

Sin embargo, la prensa económica se pregunta periódicamente si otra moneda podría competir con el dólar. ¿Y si el euro estuviera a punto de imponerse a la cabeza del sistema monetario internacional? se preguntaban algunos en los años 2000. Salvo que la zona euro no está gobernada por un Estado único y que las deudas públicas de cada uno de sus Estados miembros no inspiran la misma confianza que la deuda estadounidense. Al ser competidores, sus dificultades son incluso objeto de especulación por parte de los mercados financieros. Lo pagó Grecia en 2008. Puede que la Unión Europea siga siendo uno de los territorios más ricos del mundo, pero el euro sólo representa el 20% de las reservas mundiales de divisas, frente a casi el 60% del dólar.

En agosto de 2023, la última cumbre de los BRICS, acrónimo de Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica, ampliado ahora a cinco nuevos países, dijo que estudiaba crear una moneda común. Sin embargo, estos países tendrían que ponerse de acuerdo sobre las condiciones de emisión de esta moneda. Tienen en común ser países grandes y desigualmente desarrollados, que deben arbitrar entre intereses a menudo divergentes. Pero, sobre todo, aunque se creara esta moneda, tendría que inspirar confianza. Sin embargo, aunque se presenta a China como una potencia capaz de competir con Estados Unidos, su moneda, el yuan, sigue siendo marginal en los intercambios internacionales y en las reservas públicas.

Lo que realmente cuenta es el peso económico de los países imperialistas y sus relaciones internacionales, que son el resultado del largo desarrollo de la burguesía y que, además, van

unidos a su poder militar y político. También desde este punto de vista, el imperialismo norteamericano no tiene equivalente.

...y la diplomacia de las armas

En 2022, el presupuesto de defensa estadounidense alcanzó la cifra récord de 877.000 millones de dólares, tres veces más que el segundo presupuesto militar del mundo, el de China. Pero la dominación militar del imperialismo estadounidense es mucho más que eso.

Después de la Segunda Guerra Mundial, a Estados Unidos le resultaba muy cómodo presentarse como el campeón de la libertad de las naciones y apoyar las luchas anticoloniales: dada su superioridad económica, quería que todos los mercados abrieran sus puertas al capital estadounidense. Pero eso no les impidió intervenir directa e indirectamente de forma militar en todo el mundo para apoyar los intereses de sus trusts.

Combatieron durante más de veinte años en Corea, luego en Vietnam, con el pretexto de luchar contra el comunismo. Después intervinieron en Irak, Haití, la antigua Yugoslavia y Afganistán. También han apoyado movimientos armados y orquestado decenas de golpes de Estado en América Latina y África. Contribuyeron al asesinato de líderes nacionalistas como Lumumba, Ben Barka, Sankara y el Che Guevara. Desembarcaron en Cuba para intentar deshacerse de Castro y, tras fracasar, impusieron un embargo a la economía cubana que nunca se ha levantado. En 1995, también impusieron un embargo prohibiendo todo comercio con Irán.

Durante la Guerra Fría contra la Unión Soviética, Estados Unidos lideró los ejércitos del imperialismo occidental encabezando la OTAN. En aquella época sólo había dos "superpotencias" y, tras el colapso de la URSS en 1991, quedó como única superpotencia. En el punto álgido de la Guerra Fría, en la década de 1950, había 400.000 soldados estadounidenses estacionados en Europa. En vísperas de la guerra de Ucrania, quedaban casi 70.000, y estas cifras no han dejado de aumentar desde entonces.

En total, en julio de 2021, 750 bases militares con presencia estadounidense recorrían el planeta. En cuanto a los fabricantes de armas estadounidenses, son los mayores exportadores del mundo: entre 2018 y 2022, su cuota de ventas de armas incluso aumentó del 33% al 40%.

Es Estados Unidos quien, apoyándose en Israel desde su creación, ha mantenido en su beneficio un estado de guerra permanente en el Oriente Medio. Es también Estados Unidos quien, arrastrando tras de sí a la OTAN, armó al régimen de Zelensky en respuesta a la invasión rusa, para debilitar a Rusia y a Europa con la piel de los ucranianos. Y la flota estadounidense es la que navega por el Mar de China. Y Estados Unidos se prepara para las guerras por venir formando alianzas militares, por ejemplo en la región Indo-Pacífica. En febrero de 2022, en previsión de un conflicto con China, duplicó su presencia militar en Filipinas, a sólo 1.200 kilómetros de Taiwán. El mes pasado, junto con una veintena de otros países, formaron la coalición del Mar Rojo que ahora bombardea a los Houthis en Yemen.

En realidad, en este mundo imperialista donde todo se resuelve por la fuerza, no hay mayor provocador de guerras que el imperialismo más poderoso.

El mundo imperialista actual sigue dominado en la más amplia medida por Estados Unidos, seguido de Japón y de los Estados imperialistas de Europa. Con la construcción de la Unión Europea, estos últimos han limitado su declive, pero incapaces de superar sus rivalidades para llegar a estar verdaderamente unificados, han quedado relegados a un segundo plano. Los Estados no pueden cambiar el resultado de siglos de historia por la simple voluntad de sus dirigentes.

Y lo que es cierto para los Estados europeos también lo es para el resto del mundo.

El Tercer Mundo: desarrollo desigual y miseria

Tras la Segunda Guerra Mundial, el imperialismo ha ido cada vez más lejos en la dirección de la integración de los diferentes países en la economía mundial. Desde hace casi 80 años, países antes colonizados y sometidos al capital extranjero se han desarrollado en diversos grados, y algunos Estados han acabado incluso convirtiéndose en potencias regionales. Hoy, en la clasificación de las potencias mundiales en términos de PIB, China, India y Brasil figuran entre las diez primeras. En algunos países, sectores bien integrados en la economía mundial, basados en los recursos naturales o en la fabricación de productos de escaso valor añadido, han permitido a una pequeña capa de dirigentes locales enriquecerse descaradamente a costa de los trabajadores explotados. Surgió una pequeña burguesía y a veces incluso una burguesía. Pero el desarrollo de todos estos países tiene poco en común con lo que ha sido el de los primeros países capitalistas.

Empecemos por recordar que la pobreza sigue reinando, y más ahora que nunca. La mitad de la humanidad vive con menos de 7 dólares al día. Quién sabe por qué, ¡las cifras disponibles dividen a la humanidad en dos! Luego están todos los pobres, incluidos los de los países desarrollados, que ganan 8 dólares o más pero no pueden salir adelante. En los años 1950 se hablaba mucho del Tercer Mundo y de los países subdesarrollados. Desde entonces, para ocultar las relaciones de dominación entre las clases y el hecho de que este subdesarrollo es causado por el capitalismo, se ha sustituido "subdesarrollado" por otros términos más hipócritas, "en vías de desarrollo", "emergentes", y hoy en día por lo visto habría que hablar de los países "menos desarrollados".

En realidad, se podría dar la vuelta al mundo y encontrar pruebas de las relaciones desiguales y de la dependencia de los países pobres en todas partes. Hace unos meses, militares dieron un golpe de Estado en Gabón, alegando desafiar la hegemonía de Francia, antigua potencia colonial. Pero inmediatamente dijeron a los organismos financieros: "Queremos asegurar a todos los proveedores de fondos y socios para el desarrollo, así como a los acreedores del Estado, que se tomarán todas las medidas necesarias para garantizar los compromisos externos e internos de nuestro país."

Los organismos internacionales, los bancos centrales y el FMI, creado bajo la égida de Estados Unidos en 1944, se encargan de imponer su ley a los países en dificultades y atados por la soga de su deuda. Desde que la crisis mundial se agravó en los años 80, el FMI ha exigido a países pobres que introduzcan innumerables presupuestos de austeridad, provocando un deterioro aún mayor para su población.

Cuando quieren atraer capitales, los países pobres se ven obligados a dar a los capitalistas las mejores atenciones posibles. De este modo, contribuyen a las inversiones realizadas por el gran capital, sin que éstas les permitan desarrollarse realmente. En 2007, por ejemplo, el gobierno marroquí abrió zonas francas para Renault, sus fabricantes de equipos y sus proveedores. Cedió a Renault un terreno y contribuyó a la financiación de su planta, poniendo a su disposición el puerto de Tánger y ofreciendo precios de electricidad subvencionados. En 2019, Stellantis abrió a su vez una planta en Marruecos. Todo esto resulta muy rentable para estas multinacionales, pero los salarios de los trabajadores marroquíes no pasan de unos cientos de euros al mes, en un país donde imperan con dureza el paro, la inflación y la pobreza.

Señalemos aquí de paso que los regímenes dictatoriales y corruptos de África y otros lugares tienen una gran responsabilidad en las desgracias de sus pueblos. Pero denunciar esto no basta, porque sólo apunta a un eslabón de la cadena y elude la cuestión fundamental, que es la dependencia económica de estos países con respecto al imperialismo.

El imperialismo integra a la burguesía de los países emergentes, pero no progresa

Sin embargo, a algunos países les va mejor que a otros. De hecho, cada vez que sus clases dirigentes se han enriquecido o que han surgido multinacionales locales, los comentaristas se han apresurado a decir que la hegemonía de las grandes potencias estaba cuestionada.

En los años 1970, éste era el caso de países productores de petróleo reunidos en la OPEP. Las monarquías petroleras de Oriente Medio, como Arabia Saudí y Kuwait, habían acumulado enormes reservas de dólares, conocidos como petrodólares. Pero sólo una pequeña parte de esos petrodólares fue invertida en sus regiones de origen, y la mayor parte volvió a aumentar los beneficios de los países imperialistas. Las principales compañías petroleras del mundo, hoy ExxonMobil, Shell, Chevron, BP y TotalEnergies, nunca han sido destronadas. Las monarquías petroleras, bien conocidas aquí a través de Dubai y Qatar, ciertamente han acabado construyendo rascacielos, se han convertido en paraísos fiscales y destinos turísticos... Pero en estos países un enorme proletariado, en gran parte inmigrado, sigue soportando condiciones de explotación dignas de la esclavitud.

En los años 1990 vino la hora de gloria de los "dragones" asiáticos: Corea del Sur, Taiwán, Singapur y Hong Kong. Se decía que su dinamismo iba a sacar a la economía mundial del estancamiento. Su industria, orientada exclusivamente a la exportación, se había especializado y se habían convertido en líderes mundiales en discos duros, juegos electrónicos, televisores y videoconsolas. De este modo, pasaron a formar parte de una división internacional del trabajo que el capitalismo empujaba cada vez más lejos, sirviendo de puente entre Occidente, China e incluso la URSS. Se beneficiaron de las inversiones extranjeras y contribuyeron a enriquecer a las multinacionales tanto como a ellos mismos. Sin embargo, lejos del milagro anunciado, su crecimiento se vio detenido por la crisis económica que golpeó el sudeste asiático en 1997-98.

Más recientemente, algunos han dicho que los países de los BRICS estaban a punto de ofrecer "una alternativa al modelo occidental". En su momento se habló mucho de Brasil, pero ahora es el turno de China e India. Tras su ampliación el pasado verano, los BRICS representarían por sí solos el 40% del PIB y la mitad de la población mundial. No es poco, pero una vez más, estos países se han desarrollado y especializado en el marco de una división del trabajo más avanzada y de la creciente subcontratación de muchos procesos de producción por parte del imperialismo.

No son inmunes, sino todo lo contrario, a las contradicciones de la economía capitalista. Cuanto más poderosa se vuelve la burguesía de estos países, cuanto más ambiciosa es para desarrollar sus negocios ampliando sus actividades a nuevos sectores de alto rendimiento, más choca con los intereses de los países imperialistas y de los capitalistas con los que, sin embargo, hace negocios. Es contradictorio, pero esta contradicción en la raíz del sistema es sin solución.

Por eso, el número de millonarios de países emergentes, destacado por las clasificaciones que se publican periódicamente, no debe inducir a error. En 2006, el indio Mittal, apodado el "rey del acero", se convirtió en el tercer hombre más rico del mundo. Hoy le toca al millonario checo Kretinsky ser noticia por la compra de Editis, de acciones de Le Monde, de Casino, etc. Los millonarios van y vienen, suben y bajan en las clasificaciones, pero en 2023 se contaban 2.700 en total, mientras que la población mundial supera los 8.000 millones de habitantes. Y sus fortunas no dejan de crecer. Durante la pandemia de Covid, cuando la riqueza de los diez hombres más ricos del mundo se duplicó, la directora de OXFAM declaró: "Si los diez hombres más ricos del mundo perdieran mañana el 99,999% de su riqueza, seguirían siendo más ricos que el 99% de toda la humanidad."

Es cierto que los muy grandes burgueses están mejor repartidos por el planeta que hace un siglo, el gran capital se ha internacionalizado y los recién llegados se codean con familias que están presentes desde el principio. Pero la explotación y la miseria empeoran.

Por supuesto, existen innovaciones técnicas en la sociedad capitalista que afectan a todos los países en mayor o menor medida. La tecnología digital y las nuevas tecnologías han mejorado la productividad del trabajo y revolucionado los métodos de comunicación. A día de hoy, sólo un tercio de los habitantes de los países más pobres están conectados a Internet, pero la mitad de la humanidad ya posee un smartphone. Es, por cierto, una señal de que la evolución prosigue hacia una sociedad que dispondrá de los medios para, superando la competencia, ofrecer un verdadero progreso a la humanidad. Pero ya ha pasado la época en que Marx aclamaba, en comparación con los siglos pasados, las grandes transformaciones realizadas por el capitalismo naciente. Los avances técnicos no bastan para cambiar la vida de las personas. Peor aún, para muchas de ellas, a menudo conducen a nuevas catástrofes, a la ruina de los pequeños productores, a la contaminación, a una explotación más dura, por no hablar de toda la tecnología aplicada a las guerras.

Después de todo, lo único realmente positivo en la evolución del capitalismo es la continuada expansión internacional de la clase obrera. Ahora hay asalariados en todas partes, desde Oriente Medio hasta Asia, donde el proletariado es gigantesco, pasando por todos los demás países, porque incluso en África, Haití y Sudamérica, en los países más pobres, hay proletarios. Como los obreros del textil en Bangladesh que de repente se pusieron en huelga por mejores salarios; trabajan para subcontratistas de multinacionales y marcas como H&M, Levi's y Zara. Como decía Marx, el capitalismo engendra cada día sus propios sepultureros, y esto es una prenda a favor de la futura revolución proletaria.

CRISIS ECONÓMICA, FINANCIARIZACIÓN Y COMPETENCIA EXACERBADA

En las últimas décadas, la forma en que los países dominados se fueron integrados en el imperialismo fue determinada en gran medida por la crisis mundial que comenzó en la década de 1970 y siguió profundizándose desde entonces. Con el fin de mantener altas tasas de beneficios mientras los mercados se estancaban, la burguesía hizo todo lo que estuvo en su mano para arrancar al proletariado una mayor cuota de plusvalía. En busca de mano de obra barata, trasladó parte de su producción a países especializados en la subcontratación para multinacionales. También buscó el acceso a los mercados emergentes de China, India y los países del antiguo bloque del Este tras la desintegración de la URSS. Y en los países industrializados, la crisis provocó despidos, desempleo y una disminución del nivel de vida de los trabajadores.

Pero la economía no salió del estancamiento, sino que los periodos de recuperación son cada vez más raros, efímeros y limitados a algunos sectores, mientras que los episodios de crisis son cada vez más violentos y generalizados.

Uno de los principales aspectos de esta tendencia es la financiarización de la economía, que alcanza proporciones sin precedentes.

La financiarización de la economía y la amenaza de crisis generalizada

En la década de 1980, los Estados imperialistas organizaron la desregulación de los mercados financieros, facilitando el crédito y las transacciones. La especulación y su promesa de beneficios rápidos primaron entonces sobre la producción. Incluso se convirtió en un círculo vicioso, como lo señala el economista Patrick Artus: "El aumento de la actividad especulativa está provocando una desaceleración de la productividad, debido a la falta de inversión en actividades innovadoras que creen riqueza y empleo." En 2018, citó un ejemplo de inversión improductiva: "1 billón de dólares de los ahorros mundiales se utiliza actualmente para

comprar bitcoins". Bitcoin es esta criptomoneda totalmente virtual, utilizada desde hace tiempo por las redes mafiosas, que precisamente acaba de entrar oficialmente en la Bolsa de Nueva York, en Wall Street.

Los capitalistas especulan con todo: divisas, materias primas, propiedades, salud, etc. La especulación no sólo desvía capitales de la producción, sino que a menudo tiene repercusiones nefastas en la economía real. En 2010, por ejemplo, una sequía devastó las cosechas de trigo en Rusia. Un corredor de cereales presionó a Moscú para que introdujera un embargo que hiciera subir los precios. Este mismo corredor compró discretamente contratos en bolsa, apostando por supuesto al alza. Ese año, sus beneficios alcanzaron una cifra récord, mientras que el precio del trigo en el mercado mundial se disparaba, y con él el precio del pan en los países donde es el alimento básico.

En la actualidad existe una miríada de organizaciones especulativas, la mitad de las cuales ya no son bancos: fondos de pensiones y de inversión, plataformas comerciales, también compañías de seguros. Inventan constantemente los llamados productos derivados, que no se utilizan para transacciones directas de materias primas, sino únicamente para especular. Su interdependencia con el sector bancario pone en peligro todo el sistema financiero, sobre todo porque estas organizaciones están sujetas a menos normas que los bancos y asumen mayores riesgos que ellos.

Algunos fondos de inversión son ahora más ricos y poderosos que muchos gobiernos, como el famoso fondo estadounidense BlackRock. Algunos incluso se especializan en beneficiarse de las dificultades de los países pobres, ganándose el apodo de "fondos buitres". Entre 1996 y 2014, el fondo estadounidense Elliott Management compró las deudas públicas de Perú, Zambia, República del Congo y Argentina, a precios muy inferiores a su valor inicial. A continuación, llevó a estos países a los tribunales para obligarles a reembolsar la totalidad de su deuda, con intereses y sanciones por demora. Tras años de litigios, el fondo recuperó sumas muy superiores a su desembolso inicial, hasta dieciséis veces el precio al que había comprado la deuda de Argentina.

Y especulación es sinónimo de juego, falta de certidumbre y riesgo de crash. Las crisis monetarias y financieras se multiplicaron en los últimos cincuenta años. Los avances digitales aceleraron aún más los movimientos de capitales, provocando fuertes subidas y bajadas de los precios y de los mercados bursátiles. Ante las crisis, los gobiernos y los bancos centrales intervinieron para limitar los daños inyectando grandes cantidades de dinero y crédito en la economía y bajando los tipos de interés, pero lo único que hicieron fue aplazar la fecha límite, porque los especuladores son libres de seguir invirtiendo su dinero donde quieran. La explosión del crédito está incluso preparando el terreno para crisis mayores. En unas economías cada vez más interconectadas, los riesgos de que las crisis parciales se extiendan, o incluso se generalicen, se multiplican. Hoy nadie puede decir dónde estallará la próxima "burbuja", pero muchos economistas advierten de que ocurrirá tarde o temprano.

Un estudio reciente hablaba del "exceso galopante de las finanzas", que es otra forma de decir lo parasitarias que se han vuelto.

Las contradicciones del imperialismo se exacerbaban

El sistema bancario internacional podría ser una herramienta muy eficaz para gestionar la economía... en manos de los trabajadores. Permitiría contabilizar y distribuir mejor los medios de producción y la riqueza. Lo mismo puede decirse de las multinacionales, que emplean a cientos de miles de trabajadores en todo el mundo, pero siguen estando sujetas a intereses privados.

De hecho, la interpenetración de las economías ha llegado a tal punto que cualquier idea de desglobalización, cualquier vuelta a una economía fragmentada, es absurda y, hasta cierto punto, imposible. Desde hace un siglo, todo se construye y funciona a escala internacional. A

menos que la sociedad se derrumbe por completo -como se han especializado en hacer algunas películas de ciencia ficción-, no podremos dar marcha atrás completamente.

Y, sin embargo, el capitalismo parece funcionar a la inversa. Ya fue así en los años treinta, cuando, tras la crisis de 1929, aumentó el proteccionismo, la economía se fragmentó... y la sociedad se encaminó directamente hacia la Segunda Guerra Mundial.

Actualmente, el nacionalismo está en auge y los Estados vuelven a levantar barreras en sus fronteras, o incluso verdaderos muros: nunca han sido tantos. Todos los discursos que oímos giran en torno a la nación, desde el "America first" de Trump hasta "La Francia de los franceses", pasando por el Brexit. En todas partes, la extrema derecha está en alza y sus ideas ganan influencia. Por supuesto, algunas de estas ideas nacionalistas son producto de la demagogia política y del descrédito de la democracia parlamentaria que ha acompañado a la crisis, pero eso no es todo.

Poco a poco hemos pasado de la desregulación y la apertura de los mercados a la retirada. Los Estados aplican políticas proteccionistas, señal de que las contradicciones del capitalismo se agravan. La competencia se intensifica, lo que provoca una alteración del equilibrio de poder entre los grupos capitalistas y entre los Estados.

El equilibrio de poder está cambiando

En varios sectores económicos, las cartas se están barajando de nuevo. La competencia se traduce en una competencia por las materias primas, fusiones y adquisiciones, concentración de capitales, nuevas rivalidades y nuevas alianzas. Así ocurre en los sectores del automóvil, los seguros y la alimentación, así como en el sector de los semiconductores, hoy en día de gran importancia para la fabricación de chips electrónicos.

Hace treinta años, las multinacionales optaban por externalizar parte de su producción a países donde la mano de obra era más barata y la normativa menos restrictiva. En 2001, el director de Alcatel teorizó sobre una "empresa sin fábricas" en los países ricos. Como resultado, la taiwanesa Foxconn, fabricante de componentes electrónicos y hardware informático, se convirtió en el principal subcontratista de prácticamente todos los consorcios occidentales, japoneses y coreanos en este sector de la industria. En 2012, empleaba a 1,2 millones de personas en China. Del mismo modo, con el paso de los años, la empresa taiwanesa TSMC se convirtió en el principal productor mundial de semiconductores, abasteciendo a más de la mitad de la demanda mundial. Pero en 2020, la crisis sanitaria destabilizó todo este sistema. La interrupción del comercio provocó una interrupción del suministro de semiconductores, lo que causó graves problemas a los fabricantes de automóviles y otros.

No fue el único sector afectado: en los países ricos también hubo escasez de mascarillas quirúrgicas y material médico, paracetamol y penicilina. Podría pensarse que, por su propia naturaleza, la división internacional del trabajo implica necesariamente tales riesgos, pero todo depende de cómo se organice y controle... ¿o no! El problema es que los capitalistas sólo se guían por el beneficio a corto plazo, y hemos llegado a un punto en el que prácticamente un solo fabricante abastece a todo el planeta. Sólo una planificación racional de la producción en función de las necesidades, los recursos humanos y materiales disponibles, el medio ambiente, y también los riesgos, permitiría evitar este tipo de catástrofe.

En efecto, los capitalistas siguen sin poder evitar los riesgos, ya sean guerras, catástrofes sanitarias u otros, pero les gustaría ahorrarse las consecuencias. Por eso intentan diversificar sus proveedores e incluso deslocalizar parte de la producción. La división del trabajo está tan extendida que no se puede hablar de abandonar del todo China, pero varias multinacionales como Apple, Samsung, Sony, Adidas y otras están trasladando algunas de sus fábricas a India, Indonesia, Malasia o Vietnam. Algunas incluso se trasladan a México, para poder producir

cerca de Estados Unidos sin incurrir en los aranceles que el gobierno estadounidense impone a las empresas con sede en China.

La guerra de Ucrania y las sanciones occidentales contra Rusia también provocaron la reorganización de varios circuitos de producción y comercio. Rusia era un importante proveedor de hidrocarburos. Pero la interrupción de sus abastecimientos de gas a Europa alegró a sus competidores y a ciertos aliados. Por un lado, Estados Unidos cuadruplicó sus entregas de gas de esquisto a Europa, a un precio elevado al dispararse los precios del gas. Pero India también compró más gas a Rusia para vendérselo a los europeos, que, a través de India, compran gas ruso ¡y eluden sus propias sanciones! Y gracias a ello, India se ha convertido en exportador.

La guerra de los metales raros

Uno de los sectores en los que se libra una batalla encarnizada es el de los metales raros. Muy buscados por sus propiedades magnéticas, químicas y otras, estos metales son indispensables en la informática y las tecnologías modernas, sobre todo en las famosas "tecnologías verdes" que están a punto de desarrollarse. Se encuentran en teléfonos móviles, discos duros, pantallas, bicicletas y coches eléctricos, turbinas eólicas y robots.

Entre los más conocidos, el cobalto y el tántalo proceden principalmente de la República del Congo. Cerca de 200.000 trabajadores, entre ellos 40.000 niños, descienden a minas que corren peligro de derrumbarse sobre ellos, donde trabajan hasta la muerte y respiran los humos nocivos de los minerales por el equivalente a unos miserables euros al día. Estos metales son también una de las causas de la guerra civil que asola el Congo desde hace más de veinte años, con un saldo de más de 5 millones de muertos.

En los años 70, los primeros metales raros utilizados se extrajeron y procesaron en países imperialistas, con Estados Unidos a la cabeza. Pero los daños ecológicos causados provocaron la protesta pública, ya que el proceso de extracción e industrialización es altamente contaminante. Para extraer un solo kilo de metal raro hay que triturar decenas de toneladas de roca. Luego, para transformarla, hay que utilizar cantidades colosales de agua y reactivos químicos, que por el camino se cargan de ácidos y metales pesados. El deseo de exportar los daños medioambientales se sumó así al atractivo de la mano de obra barata para empujar a las multinacionales a deslocalizar y subcontratar. Las minas y plantas de transformación de los países imperialistas cerraron a finales de los años 90, y unos pocos países se especializaron en ello: Sudáfrica, Rusia y Kazajstán, Vietnam, Birmania, algunos países latinoamericanos y... China.

China se transformó en el primer productor y refinador de varios minerales, como tierras raras, galio, germanio y otros. Por ejemplo, extrae el 60% y refina el 90% de las tierras raras producidas en el mundo, uno de los metales más preciosos. El resultado, según los especialistas, es que en China "más del 10% de las tierras cultivables están contaminadas por metales pesados y el 80% del agua de los pozos subterráneos no es apta para el consumo". Apenas 5 de las 500 mayores ciudades tienen una calidad del aire que cumpla las normas internacionales". Lo mismo ocurre en otros países: en Kazajstán, la fabricación de cromo ha hecho que el agua del río Syr-Daria no sea apta para el consumo ni para regar los cultivos.

Sin embargo, esta división del trabajo también llevó una dependencia de las multinacionales a los países que producen y son capaces de transformar los metales raros. Y los países imperialistas acabaron atrapados en una trampa, como dijo el Comisario europeo Thierry Breton en una entrevista en 2021: "Para el litio, el cobalto y el grafito, Europa sigue dependiendo en gran medida de los suministros de terceros países (China en primer lugar, por no mencionar por su nombre), que pueden llegar hasta el 100% para el litio refinado, por ejemplo".

Los países imperialistas intentan ahora dar marcha atrás y encontrar alternativas. Pero se trata de un proceso a largo plazo, y en parte condenado al fracaso. En 2017, por ejemplo, Estados Unidos reabrió la mina de tierras raras que había cerrado en 2002, pero para refinarlas sigue teniendo que enviarlas... ¡a China!

China en el centro de las rivalidades actuales

China y otros países volvieron los principales proveedores de minerales y otras materias primas, así como de productos manufacturados como los semiconductores. Algunos de estos países, especialmente China, también se convirtieron en competidores en ámbitos en los que han adquirido conocimientos tecnológicos. Pero el imperialismo no está dispuesto a dejar que ocupen demasiado espacio. De hecho, en el caso de China, lo que plantea un problema a los imperialistas es el Estado chino. No porque sea una dictadura -eso no les molesta-, sino porque es un Estado fuerte que, a diferencia de la mayoría de los Estados de los países subdesarrollados, es capaz de hacerles frente. No pueden introducir libremente sus capitales en China, saquear sus materias primas, en una palabra, hacer lo que quieran, incluso masacrar el país como hacen en otros lugares.

La revolución de 1949 que llevó al régimen maoísta al poder se propuso liberar a la burguesía china de las garras de las grandes potencias. Aunque el régimen se autodenominaba comunista, como tantos otros países que luchaban por su independencia en aquella época, sus dirigentes siempre actuaron como nacionalistas. La revolución les dotó de un fuerte aparato estatal independiente de los Estados imperialistas, como había pocos en el mundo, sobre todo de ese tamaño, y al mismo tiempo permitió el desarrollo de la burguesía china.

Sobre la base de una feroz explotación de su campesinado, el Estado chino construyó infraestructuras que le permitieron reincorporarse al mercado mundial en condiciones favorables a partir de los años setenta. China reabrió parcialmente sus puertas al capital extranjero y aceptó el papel de taller del mundo. Se especializó primero en el sector textil, luego en la producción de ciertas materias primas y piezas metálicas, imanes y componentes electrónicos, que suministraba a la industria mundial. El Estado chino se puso al servicio del imperialismo, ofreciéndole lo que China tenía en abundancia, su mano de obra barata y cada vez más formada.

A partir de los años noventa, el país disfrutó de tasas de crecimiento espectaculares e invirtió en áreas más rentables: telecomunicaciones, energía eólica y fotovoltaica, baterías eléctricas, automóviles, etc. China produce ahora todos sus propios smartphones y automóviles. Ha llegado a controlar más del 90% de los imanes en sectores industriales punteros, creando, como dijo un periodista, "una industria totalmente soberana e integrada, que abarca tanto las nauseabundas minas trabajadas por mineros con cara de negro como las fábricas ultramodernas dotadas de ingenieros sobrecualificados".

Así, la burguesía y la pequeña burguesía chinas se desarrollaron hasta el punto de que el mercado chino, aunque toda la población aún no tenga acceso a él, representa una quinta parte del PIB mundial. China tiene incluso sus propios multimillonarios, 495 según la última clasificación de Forbes. Todo esto es gracias a su Estado: Xi Jinping puede permitirse enviar a tal o cual dignatario bajo arresto domiciliario, mientras que no podemos imaginar a Macron haciendo lo mismo con Bernard Arnaud, pero es a este precio que, colectivamente, la burguesía china se hizo un lugar en el sistema imperialista.

Pero ni siquiera su mercado interno es suficiente, sobre todo porque los salarios de los trabajadores chinos están subiendo y otros países son cada vez más competitivos. De ahí estas exportaciones de capital por todo el mundo, que los imperialistas ven como una agresión contra ellos.

Sin embargo, la burguesía china está lejos de estar en pie de igualdad con sus competidores. A lo largo de los años, fue acumulando en sus arcas enormes cantidades de dólares y de

bonos del Tesoro estadounidense, pero no tiene suficientes salidas para invertirlos. Sus exportaciones siguen dependiendo en gran medida de los países imperialistas, que ahora le ponen obstáculos. De hecho, se encuentra en una posición subordinada dentro de la economía mundial, aunque haga avanzar a sus peones.

Además, el ascenso de China, espectacular en el pasado, ya se está desacelerando. La crisis sanitaria la golpeó duramente y sus tasas de crecimiento cayeron en picado. Recientemente se vio amenazada por un colapso total de su sector inmobiliario debido a la especulación. En 2013, lanzó triunfalmente sus "Nuevas Rutas de la Seda", pero diez años después, la única asociación que logró concluir con un país europeo, Italia, llega a su fin, ya que Italia no la renueva y prefiere ponerse del lado de Estados Unidos y de los demás miembros de la OTAN.

Ya se declaró la guerra entre los imperialistas y China, al menos en el plano económico. De un modo u otro, China debe ceder y, después de Rusia, ahora le toca a China ser calificada de agresiva, desleal y a veces incluso... imperialista.

Rusia, una integración fallida entre las potencias imperialistas

Los medios de comunicación establecen a menudo paralelismos entre China y Rusia, que tienen en común el hecho de contar con un Estado fuerte que no se pliega a la voluntad de los imperialistas. La guerra entre Rusia y Occidente llevaba mucho tiempo gestándose cuando estalló en serio hace dos años. Sin embargo, Rusia ocupa un lugar especial en la economía mundial debido a su pasado.

La Unión Soviética se había convertido en la segunda potencia económica mundial, por detrás de Estados Unidos, gracias a la Revolución de Octubre y al dinamismo de la economía planificada. Pero marginada del mercado internacional durante 70 años y plagada de contradicciones internas, finalmente alcanzó sus límites e implosionó en 1991. En menos de una década, surgió en Rusia un puñado de oligarcas, multimillonarios que se apoderaron de la riqueza del país, exportando inmediatamente sus activos al extranjero e imitando a la burguesía comprando clubes de fútbol, yates y villas. Pero todo el país estaba al borde de la ruina y, destripándolo así, los oligarcas amenazaban con matar a la gallina de los huevos de oro: a ellos no les importaba, pero sí a los millones de burócratas, grandes y pequeños, que hasta entonces habían sido los privilegiados del régimen y que estaban a punto de perderlo todo.

Cuando Putin llegó al poder, la alta burocracia rusa recuperó el control de lo que quedaba de su Estado. Puso en cintura a los oligarcas con facilidad, porque la burguesía liberal rusa en la que podrían haberse apoyado no tenía una base social suficiente para oponérseles. En la década de 2000, Rusia se convirtió en uno de los principales proveedores de hidrocarburos y de muchas otras materias primas. Abrió algunos sectores de su economía al capital extranjero, pero a escala limitada. También quería mantener su influencia en el extranjero, donde competía con los países imperialistas que ganaban terreno.

Al final, el Estado ruso, a la cabeza de un país relativamente desarrollado heredero de la URSS, se opuso tanto al desmantelamiento de su economía por el capitalismo internacional como al avance de los países de la OTAN hacia sus fronteras. Tras haber intentado en vano ser aceptada entre las grandes potencias como "socio", palabra a la que Putin era aficionado a principios de la década de 2000, Rusia se replegó en sus posiciones. Fue este enfrentamiento el que acabó desembocando en la guerra de Ucrania en 2014 y de nuevo en 2022.

LA MARCHA HACIA LA GUERRA Y SUS CONSECUENCIAS

La Unión Europea, sacudida por la guerra de Ucrania

Durante dos años, las consecuencias de la guerra en Ucrania han afectado no sólo a Rusia, sino también a la propia Europa. Los únicos que hasta cierto punto pudieron salir ganando fueron los Estados Unidos. Por eso el imperialismo norteamericano no dudó en apoyar al gobierno de Zelensky; la vieja rivalidad entre los capitalistas norteamericanos y los del viejo continente nunca ha desaparecido.

Frente a los gigantes estadounidense, chino y ruso, la Unión Europea querría hablar con una sola voz, y a veces lo consigue, pero sigue fragmentada y, sometida a las sacudidas de la crisis y de las relaciones internacionales, se encuentra debilitada.

Lo vimos con la repentina crisis provocada por la cuestión del trigo ucraniano. Al principio de la guerra, la Comisión Europea levantó los derechos de aduana sobre las importaciones de cereales ucranianos, que luego se vendieron por debajo de los precios del mercado europeo. Ante lo que se consideró competencia desleal, Polonia, Hungría, Eslovaquia, Bulgaria y Rumanía prohibieron la entrada de productos ucranianos en su territorio. Y cuando Bruselas quiso levantar estas restricciones, los camioneros polacos bloquearon su frontera con Ucrania. Ahora los agricultores franceses también protestan contra el levantamiento de los derechos de aduana sobre los huevos, el azúcar y los pollos importados de Ucrania. Realmente es una competencia absurda. La humanidad tiene los medios para alimentar a todo el mundo, es el capitalismo el que impide planificar la producción para acabar con la desnutrición y el hambre. Los productores de los distintos países, los propios capitalistas, son incapaces de saber de antemano qué mercancías van a vender, porque el mercado decide a posteriori. Así que, por un lado, no producen lo suficiente para satisfacer las necesidades y, por otro, producen demasiado para los mercados solventes en los que compiten.

Otra ilustración de las dificultades de Europa es que a finales de 2023, a pesar de las importaciones de gas de Estados Unidos e India ya mencionadas, los europeos aún no podrían prescindir del gas ruso. Tampoco podrían prescindir de otros bienes suministrados por Rusia, especialmente en Europa del Este. A falta de un sustituto, las sanciones europeas se cuidaron de prescindir de algunos productos de los que los capitalistas no pueden prescindir, como el titanio de fabricación rusa, un material esencial para los motores de los aviones y los trenes de aterrizaje.

La economía europea ya se está quedando rezagada con respecto a la de Estados Unidos. Su PIB ha empezado a contraerse y Alemania ha entrado en recesión. Europa del Este, que es en cierta medida el hinterland de Alemania, sufrirá las consecuencias, y puede que incluso toda la eurozona porque, como dice el refrán: "Si Alemania se resfría, toda Europa tose". El mes pasado, un estudio reveló que Asia y Estados Unidos concentran el 82% de los nuevos proyectos de inversión industrial, mientras que Europa atrae menos del 10%. Las propias empresas europeas invierten cada vez más fuera de Europa.

Alemania también se ha visto especialmente afectada por el deterioro de las relaciones con China, que se había convertido en uno de sus principales socios comerciales. Por ejemplo, depende totalmente de China para abastecerse de tierras raras. Por otra parte, sus principales empresas realizan alrededor del 20% de sus ventas en el mercado chino. Necesitan este mercado.

Medidas proteccionistas: los gobiernos al servicio del capital

Frente a esta competencia feroz, todos los gobiernos adoptan desde hace veinte años, y a un ritmo cada vez más acelerado, medidas proteccionistas para ayudar a "sus" capitalistas.

El imperialismo norteamericano, campeón del libre comercio cuando se trata de abrir los mercados a sus capitales, se ha convertido también en campeón del proteccionismo. Según el FMI, las barreras comerciales introducidas por Estados Unidos se han triplicado desde 2019. Tras los impuestos al acero y a las telecom chinas, los productos de Huawei fueron directamente prohibidos en suelo estadounidense en 2022. Después, EEUU decidió dejar de exportar sus tecnologías punteras en semiconductores, computación cuántica e inteligencia artificial. China, por su parte, también está imponiendo restricciones a sus exportaciones de productos estratégicos, y el mes pasado prohibió la exportación de sus tecnologías de extracción y procesamiento de tierras raras.

Sin embargo, la principal forma de proteccionismo aplicada por Estados Unidos es el enorme plan de subvenciones a la economía estadounidense lanzado en agosto de 2022, el Inflation Reduction Act (IRA). Este proyecto prevé un presupuesto de 369.000 millones de dólares en diez años para financiar, en forma de créditos fiscales, a las empresas que utilicen las llamadas tecnologías verdes. Al mismo tiempo, se ha lanzado otro plan para subvencionar la investigación con 280.000 millones de dólares. Todas estas subvenciones están también a disposición de las empresas extranjeras. Los resultados no se han hecho esperar. En diciembre de 2022, Biden exclamó: "La industria manufacturera ha vuelto", saludando la construcción de dos plantas de semiconductores en suelo estadounidense por parte de la empresa taiwanesa TSMC, a las que pronto seguirían la japonesa Honda y la coreana LG.

El Estado chino también financia sus trusts, sobre todo sus empresas de telecomunicaciones y energía y sus fabricantes de automóviles, lo que le ha valido protestas tan indignadas como hipócritas de la Unión Europea por competencia desleal.

Tras largas negociaciones entre sus Estados miembros, la Unión Europea lanzó finalmente su propio plan con un presupuesto de 340.000 millones de euros. También ha puesto en marcha un plan de investigación de 45.000 millones de euros, seis veces menos que su modelo estadounidense. Por último, en un intento de mantener a sus fabricantes de automóviles en Europa, Bruselas va a construir en Hungría la mayor fábrica de baterías eléctricas de Europa... salvo que no puede hacerlo sola y ha tenido que pedir ayuda a uno de los gigantes chinos del sector, CATL. La competencia capitalista se topa a cada paso con las realidades de la economía globalizada.

Dentro de la propia UE, es un caso de salvase quien pueda : cada Estado juega su propio juego, independientemente de los demás y a veces contra ellos, para atraer a los fabricantes a su país con subvenciones. El Gobierno alemán ha ofrecido a Intel 10.000 millones de euros para construir plantas de semiconductores en Alemania. Francia está pagando 1.500 millones de euros para que la empresa taiwanesa ProLogium instale su primera fábrica europea de baterías en Dunkerque, y casi 3.000 millones para abrir una planta de semiconductores en Crolles, a las afueras de Grenoble. Y mientras se estudian proyectos mineros en Suecia, Portugal y Alemania, el gobierno francés prevé financiar el desarrollo de recursos mineros en Wallis y Futuna, a pesar de la oposición de la población local.

Por último, en la delicada cuestión del armamento, cada Estado europeo da prioridad a la financiación de su propio presupuesto militar. Tras la invasión rusa de Ucrania, y para consternación de Dassault, Alemania optó por equiparse con F-35 estadounidenses en lugar de Rafales. En total, la Unión Europea compra el 63% de su material militar... a Estados Unidos.

Más allá de la competencia, todas estas medidas apuntan a la creciente interdependencia de las grandes empresas y los Estados burgueses que las sirven. Esta ha sido la tendencia general del imperialismo desde el principio, y se ha visto reforzada por la crisis y la amenaza de guerra. El parasitismo del gran capital implica cada vez más que el sector privado absorba una parte creciente de los recursos estatales. Los Estados financian al sector privado invirtiendo en su lugar, el capital público y el privado se mezclan, mientras que la apropiación de los beneficios sigue siendo privada. En un pasado reciente, los partidos comunistas

estalinistas solían hablar de muleta estatal en relación con esta ayuda estatal a la gran burguesía, expresión que hemos utilizado muchas veces. Hoy, sin embargo, la relación entre los Estados y los capitalistas se ha vuelto tan íntima que sería más realista hablar de un exoesqueleto.

Los capitalistas se aprovechan de todas las posibilidades

El Estado burgués, aunque financia a los capitalistas, no tiene intención de decirles lo que tienen que hacer. Y los capitalistas no se sienten obligados por la generosidad pública: reciben subvenciones mientras invierten a su antojo. No quieren pagar el precio de la fragmentación de la economía, así que juegan a dos bandas.

Tomemos el caso de la industria automovilística, donde la competencia es feroz y los trusts reciben enormes subvenciones.

En Estados Unidos, Ford, que recibe subvenciones estadounidenses, se ha aliado con el gigante chino de las baterías eléctricas CATL para abrir una fábrica en Michigan.

Stellantis ha tomado una participación en una empresa china, Leapmotor. Su CEO, Tavares, cree que los fabricantes chinos intentarán ganar cuota de mercado en Europa, ya que el mercado estadounidense se les cierra cada vez más. Pero le preocupa una brecha competitiva del 20-30% a favor de China, por lo que afirma: "La ofensiva china es visible en todas partes. Gracias a este acuerdo, podremos beneficiarnos de ella en lugar de ser víctimas". Y añade que si la Unión Europea pone barreras aduaneras a los coches chinos, Stellantis podrá ensamblar los vehículos de Leapmotor en sus propias fábricas.

Renault ha firmado una alianza similar para construir una fábrica de baterías eléctricas en Douai y otra para fabricar motores de combustión interna. Incluso va a fabricar el vehículo de uno de sus socios chinos, Geely, en su planta de Busan (Corea del Sur), esta vez para dirigirse al mercado estadounidense. En efecto, si el coche se fabricara en China, pagaría todos los impuestos estadounidenses, mientras que existe un acuerdo de libre comercio entre Estados Unidos y Corea del Sur, donde Renault tiene sus fábricas.

Los capitalistas dicen estar en contra del "exceso de gobierno", pero se benefician de las subvenciones públicas que se adaptan a sus necesidades. Compiten con los capitalistas chinos, pero aun así se alían con ellos. Este oportunismo no es nada nuevo: durante la Segunda Guerra Mundial, a pesar de la intervención estadounidense, Ford siguió haciendo negocios con la Alemania nazi durante todo el conflicto. "Hacemos lo que queremos y lo queremos todo al mismo tiempo" es como piensan los capitalistas. Además, como saben que la situación es inestable y que cada vez hay más riesgos geopolíticos, como dijo Elon Musk a los inversores de Tesla: "Lo mejor que podemos hacer es tener fábricas en muchas partes del mundo."

"El capitalismo trae consigo la guerra..."

A la luz de todo esto, es fácil ver la hipocresía del argumento de que Rusia y China amenazan la paz mundial, cuando no son Corea del Norte, Irán, Siria u organizaciones terroristas.

La guerra económica que se libra es universal y el equilibrio de poder se pone constantemente en tela de juicio. El mundo se hunde en la crisis y la inestabilidad. Muchos Estados de países pobres ya ni siquiera son capaces de controlar los territorios que se supone que gobiernan, y las guerras locales se multiplican y amenazan con extenderse de un rincón a otro. Sobre todo, las rivalidades imperialistas e interestatales son cada vez más agudas.

Más que una amenaza, la dominación de la burguesía imperialista hace de la guerra una certeza. La famosa frase de Jaurès sigue siendo profundamente cierta: "El capitalismo arrastra consigo la guerra como una nube arrastra una tormenta". A principios del siglo XX, otro

socialista, Kautsky, también lo subrayó con estas pocas palabras: "El comercio necesita la paz, pero la competencia crea la guerra".

Esto da a veces un aspecto esquizofrénico a las políticas de quienes dirigen la sociedad. Por un lado, un Secretario de Estado de Comercio estadounidense, de visita en Pekín, declara que China y Estados Unidos necesitan absolutamente "relaciones pacíficas", mientras que en una entrevista un Jefe del Estado Mayor del Ejército estadounidense afirma que un gran conflicto enfrentará a ambos Estados en 2025.

Nadie puede decir todavía cuáles serán los contornos de las próximas guerras, ni exactamente qué bandos lucharán entre sí. Algunos países no saben qué camino tomar: India, por ejemplo, forma parte de los BRICS, pero compite cada vez más con China. Hace guiños a Apple para atraer sus fábricas y ha desplegado buques de guerra en el Mar Rojo como parte de la coalición con Estados Unidos, pero por otro lado se distancia de ellos abogando por un mundo multipolar...

En Sudamérica, un pequeño país de menos de un millón de habitantes, Guyana, ha sido noticia recientemente. En 2015 se descubrieron allí enormes reservas de petróleo. ExxonMobil y Chevron se hicieron inmediatamente con tres cuartas partes del yacimiento, pero el vecino Venezuela, a su vez gran productor de petróleo, reclama como suya la región donde se encuentra el yacimiento. Ha desplegado tropas en la frontera. Es cierto que Venezuela no es rival para los estadounidenses, pero su presidente, Maduro, está atrapado en una lógica nacionalista que le empuja a sacar músculo y arriesgarse a descarrilar. Por su parte, Estados Unidos y Gran Bretaña han enviado aviones de combate y buques de guerra. Oficialmente no se trataba de proteger los intereses de los trusts, por supuesto, sino en nombre del "apoyo inquebrantable a la soberanía en Guyana".

La pólvora se acumulaba y se encendía un foco tras otro. A veces los acontecimientos se aceleran bruscamente, como en Ucrania y Oriente Próximo. ¿Quién puede decir si las tensiones en torno a Taiwán aumentarán y cuándo? Ya han estallado varios incidentes entre China y Japón, Filipinas y Vietnam.

En cualquier caso, los jefes de estado mayor y los políticos de todos los países imperialistas dicen que hay que prepararse para conflictos de alta intensidad. Después de declarar "Tenemos que acelerar la economía de guerra europea", Macron habla en todos sus discursos de rearmar a Francia. Quiere uniformar a los niños, enseñarles la Marsellesa y los llamados valores de la República. Los presupuestos militares de los Estados imperialistas aumentan, al igual que la propaganda a favor de la unidad nacional detrás de la burguesía.

EL FUTURO DEL MUNDO ES EL COMUNISMO

El veneno de un soberanismo de "izquierda"

Los trabajadores, por su parte, se encuentran políticamente indefensos ante estos acontecimientos, porque los partidos que les atraen no les preparan para ellos, sino todo lo contrario.

En Francia y en otros países imperialistas, el ascenso de la extrema derecha, y sobre todo su influencia en una parte de la clase obrera, es preocupante, porque Le Pen y sus émulos han hecho de la lucha contra la globalización, por el proteccionismo y contra los inmigrantes su terreno electoral. Pero lo más grave es que los partidos de izquierda utilizan los mismos argumentos para promover el soberanismo.

"Han convertido nuestras fronteras en tamices", exclamó Roussel en la fiesta de l'Humanité. "Su gran miedo es el proteccionismo", alegó Ruffin, que afirmó: "Necesitamos cuotas de importación, necesitamos impuestos fronterizos, necesitamos barreras aduaneras". El argumento, o más bien el engaño, consiste en afirmar que con la introducción de tales

medidas se deslocalizaría y se crearía empleo en Francia. Según Ruffin, se podría coaccionar a los capitalistas, pero en realidad son libres de invertir donde quieran y el Estado burgués, en esta sociedad, sólo está ahí para " incitarlos " como máximo, ofreciéndoles ayudas.

Mélenchon dice lo mismo, añadiendo su toque personal: dice estar a favor del "proteccionismo ecológico". Pero ¡eso es exactamente lo que defienden todos los gobiernos! Es en nombre de la transición ecológica que colman de subvenciones a los grupos capitalistas que Mélenchon evita denunciar mientras borda sin cesar discursos sobre el "pueblo soberano". Y aunque diga tonterías, también se declara partidario de un "proteccionismo solidario" que sería "negociado" entre países competidores.

El proteccionismo es una cortina de humo para los trabajadores y no les hará ningún bien. Si se deslocalizan fábricas, se les pedirán sacrificios con el pretexto de ayudar a las empresas a soportar los mayores costes de producción en Francia. Se chantajeará con los puestos de trabajo. Y también se utilizarán los costes de producción para justificar la subida de los precios de los productos. El proteccionismo siempre conduce a la inflación y a la caída del poder adquisitivo de las clases trabajadoras, porque no se trata de tocar los beneficios. Por tanto, un partido que quiera defender los intereses de los trabajadores debe explicar que deslocalización y proteccionismo no son dos políticas opuestas, sino complementarias, que las grandes empresas adoptan según las circunstancias. Hoy, el precio a pagar por el proteccionismo será una caída aún más catastrófica del nivel de vida de la clase obrera y regímenes cada vez más autoritarios para imponerlo.

La izquierda reformista y los altermundialistas tienen desde hace tiempo la costumbre de criticar el liberalismo y no el capitalismo. Esto equivale a exculpar al capitalismo sugiriendo que si los Estados intervinieran más, podría haber un capitalismo equilibrado y regulado. Sin embargo, hoy está claro que una mayor intervención del Estado, en el contexto del imperialismo, no significa en absoluto más medidas para los trabajadores, sino todo lo contrario. Y resulta cuando menos paradójico reclamar más intervención estatal cuando los Estados nunca han sido tan intervencionistas... pero al servicio de la gran burguesía. No tiene sentido esperar que el gobierno aporte los recursos para la sanidad, la escuela y otros servicios públicos útiles para la población: sólo estarán a disposición de la burguesía y el ejército.

La izquierda reformista también contribuye a extender el veneno nacionalista que divide a la clase obrera. En los años 70, el Partido Comunista ya coreaba " ¡Fabricamos francés! Su candidato a las próximas elecciones europeas, Deffontaines, escribió recientemente sobre la posible ampliación de la Unión Europea para incluir a Ucrania, Moldavia y Georgia: "Exacerbará el dumping social que ya ha empujado a 1/5 de los europeos por debajo del umbral de la pobreza. Detengamos la fuga de nuestra industria y la ruina de nuestros agricultores". Esto equivale a legitimar la competencia que los capitalistas están creando entre trabajadores de distintas nacionalidades, enfrentándolos entre sí. El Partido Comunista podría decir con la misma facilidad: "¡Proletarios de todos los países, seguid siendo pobres! Es lo contrario lo que hay que defender: los trabajadores no tienen patria, deben unirse más allá de las fronteras y no detrás de su burguesía.

Pacifismo y perspectivas revolucionarias

Los reformistas también siembran ilusiones sobre la amenaza de la guerra.

El rechazo pacifista de los trabajadores a la guerra fue a menudo la primera expresión de revuelta contra la barbarie y contra los gobernantes que enviaban soldados al frente. Pero los discursos pacifistas, que serán cada vez más numerosos a medida que se extienda la guerra, son una forma de surfear sobre las preocupaciones y los sentimientos de la población para llevarla por un camino sin salida. ¿Qué piden los pacifistas? Apelan a los gobiernos de los Estados imperialistas y a los organismos internacionales que dependen de ellos. En el mejor

de los casos, pretenden presionarles para que pongan fin a los conflictos. Es como pedir al pirómano que apague el fuego que ha provocado, dejándole libertad para volver a empezar.

Al comienzo de la guerra de Ucrania, Fabien Roussel pidió "una conferencia paneuropea sobre la paz y la seguridad colectiva". El mes pasado, a propósito de Gaza, Mélenchon declaró en un mitin: "Si no hubiera sido por el veto estadounidense, habríamos tenido un alto el fuego, porque los estatutos de la ONU le dan derecho a intervenir para garantizar el respeto del derecho internacional. Existe incluso un mando militar previsto por la ONU, al que nunca se recurre, ya que la OTAN suele hacerse cargo, como en el caso de Irak, etc.". En otras palabras, Mélenchon sabe muy bien quién decide -Estados Unidos y la OTAN-, pero quiere hacernos creer que la diplomacia podrá detener la guerra en Palestina.

La ONU, creada por Estados Unidos tras la Segunda Guerra Mundial, no es, como dijo Lenin de su antecesora, la Sociedad de Naciones, más que una "guarida de bandidos". Denuncia los males del mundo, documentando desde la explotación, la miseria, el hambre, la falta de educación, las dictaduras y los crímenes de guerra... Gestiona campos de refugiados y presta ayuda humanitaria. Hace declaraciones solemnes y aprueba resoluciones, a veces incluso contra las potencias imperialistas cuando éstas utilizan demasiado descaradamente la fuerza para conseguir sus fines. Pero en estos casos, las resoluciones no se aplican, como en Palestina. Así pues, la ONU sirve sobre todo para limpiar el nombre del sistema imperialista en su conjunto, haciendo creer a la gente que existe una especie de gobierno mundial que hace todo lo posible por lograr la paz.

Las exhortaciones de Roussel y Mélenchon no sólo son ilusorias, sino que hacen un gran favor a los belicistas. En efecto, después de las movilizaciones y manifestaciones a favor de la paz, veremos a los políticos reformistas volverse en el momento fatídico para decir a los trabajadores: ¡lo veis, realmente hicimos todo lo que pudimos, pero como ya no tenemos elección, tenemos que irnos! El pacifismo, por su impotencia, conduce a los trabajadores al fatalismo. Desde este punto de vista, como decía Trotsky, se convierte en un auxiliar del imperialismo.

Los trabajadores conscientes no son pacifistas, sino revolucionarios. No debemos contribuir a la creencia de que las guerras imperialistas pueden detenerse sin eliminar sus causas, sin cambiar la sociedad. Sólo una revolución que derroque a la burguesía puede detener la tendencia a la guerra. Y si no podemos detenerla, la única salida a esta barbarie sigue siendo la revolución. A la guerra imperialista entre los pueblos, la clase obrera debe oponer la guerra de clases, no hay otra salida. Y para estar seguros de no estar atados al Estado nacional en tiempo de guerra, de no dejarse arrastrar detrás de la burguesía, ya es necesario, como decía Trotsky, que los partidos obreros de todas partes declaren "una guerra inexpiable al Estado nacional en tiempo de paz".

Para los trabajadores, la esperanza no puede residir en quimeras de relocalización, de fronteras que no les protejan de nada, o de unidad nacional detrás de su burguesía. Sólo puede venir de la perspectiva de derrocar al imperialismo, de los trabajadores de todos los países unidos en la misma lucha para liberar a la humanidad de la esclavitud asalariada y de la guerra.

El desarrollo de la sociedad avanza hacia el comunismo

A pesar del caos creciente, la clase obrera tiene motivos para mantener la esperanza, porque el capitalismo ha seguido desarrollando, sean cuales sean los altibajos de su economía, formas de acercar a todos los países y a todos los trabajadores. Hace un siglo, el mundo entero era todavía como un patchwork hecho de piezas de tela de colores, cosidas entre sí pero distintas. Pero desde entonces los hilos se han entrelazado, y cada vez más.

Hoy en día, con Internet y los teléfonos móviles, ¡ni un solo trabajador ignora dónde está Gaza o qué está pasando allí! A través de las redes sociales, estamos adquiriendo el hábito de

comunicarnos con más gente, esté donde esté, y gracias a la inteligencia artificial pronto podremos chatear en directo con alguien que hable otro idioma. Por supuesto, podemos discutir el contenido de lo que circula por Internet, pero refleja la sociedad actual y podría enriquecerse mucho más en el futuro. Con los medios de comunicación actuales, sería mucho más fácil realizar un censo democrático de las necesidades reales de los trabajadores que hace veinte o treinta años. Ese censo es la base de la planificación económica que permitiría alcanzar el comunismo.

Trotsky escribió ya en 1924: "Una organización económica y social basada únicamente en la técnica de la gran empresa, construida sobre el modelo de los trusts y los sindicatos, pero sobre la base de la solidaridad, extendida a una nación, a un Estado, y luego al mundo entero, ofrecería enormes ventajas materiales".

Un siglo más tarde, con sus conocimientos científicos, sus posibilidades técnicas y sus capacidades de producción, la humanidad dispone de los medios para satisfacer todas sus necesidades esenciales y emprender con confianza las tareas a las que se enfrenta y se enfrentará en el futuro. Y el capitalismo también ha desarrollado las herramientas para poner en práctica estos medios: con las multinacionales, los bancos y el sistema financiero internacional, existen las bases objetivas para la revolución socialista. Las grandes empresas capitalistas ya han racionalizado al máximo la producción en sus fábricas y cadenas logísticas, pero con el único criterio de los dividendos para los accionistas. En manos de los trabajadores, estas herramientas permitirían dar rápidamente un enorme paso adelante.

Disponer de tantos medios y, a fin de cuentas, no tener ningún control sobre la economía y el curso del mundo es verdaderamente absurdo y esto es lo que condena al capitalismo, ¡por mucho que tarde el proletariado en derrocarlo!

Los trabajadores conscientes no son pacifistas, sino revolucionarios. No debemos contribuir a la creencia de que las guerras imperialistas pueden detenerse sin eliminar sus causas, sin cambiar la sociedad. Sólo una revolución que derroque a la burguesía puede detener la tendencia a la guerra. Y si no podemos detenerla, la única salida a esta barbarie sigue siendo la revolución. A la guerra imperialista entre los pueblos, la clase obrera debe oponer la guerra de clases, no hay otra salida. Y para estar seguros de no estar atados al Estado nacional en tiempo de guerra, de no dejarse arrastrar detrás de la burguesía, ya es necesario, como decía Trotsky, que los partidos obreros de todas partes declaren "una guerra inexpiable al Estado nacional en tiempo de paz".

Para los trabajadores, la esperanza no puede residir en quimeras de relocalización, de fronteras que no les protejan de nada, o de unidad nacional detrás de su burguesía. Sólo puede venir de la perspectiva de derrocar al imperialismo, de los trabajadores de todos los países unidos en la misma lucha para liberar a la humanidad de la esclavitud asalariada y de la guerra.

La clase obrera representa el futuro del mundo

En el texto ya citado, Trotsky decía también: "Hace tiempo que las fuerzas de producción están maduras para el socialismo. El proletariado ha desempeñado durante mucho tiempo, al menos en los países capitalistas más importantes, un papel económico decisivo. De él depende todo el mecanismo de la producción y, en consecuencia, de la sociedad. Lo que falta es el último factor subjetivo: la conciencia va por detrás de la vida".

Hoy, una vez más, lo que le falta al proletariado es la conciencia de sus intereses y la voluntad de librar la lucha de clases para derrocar a la burguesía. Recuperar esta conciencia, que ya tuvo en el pasado, pasa necesariamente por la reconstrucción de partidos revolucionarios y de una Internacional Comunista que luche abiertamente en este terreno.

El retraso actual del movimiento obrero es tal que los trabajadores van a la zaga en el curso de los acontecimientos. Pero las cosas podrían cambiar rápidamente. Si en 1924 el proletariado sólo desempeñaba un papel económico decisivo "en los países capitalistas más importantes", el capitalismo ha avanzado mucho también desde ese punto de vista. Cada vez hay más proletarios en el mundo.

Así describía un periodista lo que vio en el norte de Vietnam, donde las multinacionales se están instalando y donde la industrialización avanza a buen ritmo: "Se ve una afluencia de jóvenes campesinos del campo que llegan por decenas de miles a las regiones industriales para buscar trabajo en las fábricas, a veces recorriendo cientos de kilómetros en sus pequeñas scooters para venir a buscar trabajo. Todas las mañanas, al amanecer, vemos cómo se forman colas de jóvenes trabajadores ante los centros de contratación, que contratan a montones, a decenas de miles. Y lo mismo ocurre con los licenciados. En la principal universidad de Hanoi, casi todos los jóvenes ingenieros que terminan sus estudios son inmediatamente captados por las fábricas de alta tecnología que vienen a ofrecerles trabajo meses antes de que dejen la universidad. Uno tiene la sensación de que estas empresas están acaparando toda la mano de obra disponible en el país.

Pues bien, la esperanza reside en este proletariado que sigue creciendo en todas partes y que, colectivamente, mantiene en pie a toda la sociedad. También para los trabajadores de Francia y de otros países imperialistas. Esta esperanza está contenida en la última frase bien conocida del Manifiesto Comunista: "¡Proletarios de todos los países, uníos!

No se trataba de un simple llamamiento a la solidaridad sincera entre los trabajadores, sino de un programa revolucionario. El párrafo del Manifiesto que precedía a esta frase decía: "Los comunistas no se rebajan a ocultar sus opiniones y planes. Proclaman abiertamente que sus objetivos sólo pueden alcanzarse mediante el derrocamiento violento de todo el orden social pasado. ¡Cómo tiemblan las clases dominantes ante la idea de una revolución comunista! Los proletarios no tienen nada que perder, salvo sus cadenas. Tienen un mundo que ganar.

Es esta brújula, esta perspectiva revolucionaria e internacionalista, la que debemos mantener en el período que nos espera, cualesquiera que sean las dificultades que se presenten, porque es la única que ofrece una alternativa al imperialismo y a su barbarie.